



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Desde el Caribe: el proyecto martiano

Autor: Hidalgo de Paz, Ibrahim

Forma sugerida de citar: Hidalgo, I. (2000). Desde el Caribe: el proyecto martiano. *Cuadernos Americanos*, 2(80), 92-98.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XIV, Núm. 80, (marzo-abril de 2000).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Desde el Caribe: el proyecto martiano

Por *Ibrahim HIDALGO DE PAZ*
Universidad de La Habana, Cuba

JOSÉ MARTÍ DESEMBARCÓ EN CUBA el 11 de abril de 1895 portando un pasaporte haitiano. El general Máximo Gómez también llevaba una identificación de igual procedencia al arribar a la Isla junto con aquél y otros cuatro combatientes, para incorporarse a la guerra iniciada pocas semanas antes contra el colonialismo español. Para ambos, y para sus acompañantes, poco importaba que los documentos hubieran sido emitidos con nombres falsos, pues el momento se inscribía dentro de las peripecias que los conspiradores realizaron de modo solapado para burlar la vigilancia del espionaje enemigo. Iban hacia la mayor de las Antillas, y el cónsul de Haití en Gran Inagua, Mr. Barbes, les había ofrecido protección y ayuda.

El hecho, rebosante de simbolismo, muestra a Martí y Gómez, nacidos en Cuba y Santo Domingo, respectivamente, encubiertos por el frágil manto de documentos emitidos por un funcionario del primer país liberado del dominio extranjero en el área. Bien pudiéramos adscribirlos a cualquiera de las naciones caribeñas, o de nuestro continente, pues aquellos luchadores dedicaban sus vidas a la libertad del hombre, del ser humano, cualquiera que fuera su lugar de origen. A fines del siglo XIX la unidad espiritual de las islas del Mar Caribe era palpable. No habían sido en vano las prédicas y la actuación de los más preclaros hijos de las tierras diseminadas en el arco antillano.

Martí, nacido en la mayor de aquellas islas, muy pronto se identificó con quienes sentían como propios los padecimientos de los pueblos sometidos a una u otra forma de opresión colonial. Es significativo que en el periódico *La Patria Libre*, donde el jovenito de dieciséis años publicó su poema dramático "Abdala", apreciaran reproducidas las respuestas del puertorriqueño Eugenio María de Hostos ante la reacción provocada por su discurso del 30 de diciembre de 1868 en el Ateneo de Madrid, en el cual el hábil orador expresó su admiración hacia los cubanos que, ante las exigencias españolas de rendición contestaban: "o nos dan libertades, o no deponemos las armas".

Podemos suponer el efecto positivo que tal actitud solidaria ejerciera sobre el aquel entonces estudiante habanero, para quien el Caribe y América se hallaban unidos por raíces comunes, como podemos apreciar en *El presidio político en Cuba*, impreso poco después de llegar deportado a España, tras sufrir las consecuencias de su filiación independentista, que nunca abandonaría. En el exilio forzoso estableció relaciones con los revolucionarios emigrados, tanto en la metrópoli como en Nueva York, quienes contribuían de una forma u otra a liberar a Cuba de las ataduras coloniales.

Mas no parece que para Martí fuera suficiente el logro de la independencia, sino que desde sus años juveniles se halla presente en sus escritos la idea de la necesidad de instaurar una república democrática como verdadera garantía de los derechos ciudadanos. No es casual que en la búsqueda de argumentos contra el ascenso al poder del general Porfirio Díaz mediante el uso de la fuerza, acuda de nuevo a la “hermosa inteligencia puertorriqueña” de Hostos, y comente en su breve artículo “Catecismo democrático”, aparecido en la prensa mexicana, un párrafo del programa de la Liga de los Independientes, publicado por éste en *La Voz de la Patria*, de Nueva York. El documento abogaba por la libertad de las dos islas hermanas de las Antillas, y le permite concluir: “La voluntad de todos, pacíficamente expresada, he aquí el germen generador de las repúblicas”.

Como parte consustancial de su existencia, los pueblos caribeños intercambiaban hombres e ideas. Hostos se unió a la malograda expedición que organizó Francisco Vicente Aguilera para ir a pelear a Cuba; el ilustre caribeño y su compatriota Ramón Emeterio Betances coincidieron en la Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico para colaborar con la causa de la mayor de las Antillas, en cuyos campos de batalla se destacaban los dominicanos Máximo Gómez, Modesto Díaz y los hermanos Marcano, y donde Antonio Maceo y miles más aprendían a pelear bajo la guía de tan bravos maestros, aleccionados en carne propia por el ejemplo del general Gregorio Luperón, quien había demostrado con la Guerra de Restauración la posibilidad de derrotar a un ejército colonial cuando se es capaz de dirigir acertadamente un pueblo en su contra.

El esfuerzo conjunto para combatir al enemigo colonial, el debate de ideas en medio de contradicciones, los fracasos y los triunfos iban conformando coincidencias entre los compatriotas que

afrontaban situaciones similares. Betances, Hostos, Luperón, Gómez y Maceo constituían referentes obligados para quienes, como Martí, se iniciaron en la lucha antillana cuando aquellos próceres tenían andado un trecho considerable en el pensar y el hacer. El joven habanero se unió a ellos contra la esclavitud imperante en las posesiones españolas, contra la discriminación y marginación de negros y mulatos libres, por la unidad de los pueblos para defender los derechos soberanos frente a la metrópoli colonial y a los diferentes intentos anexionistas; en la búsqueda de soluciones propias, acordes con nuestras realidades; por un desenvolvimiento económico que encauzara los intereses y aspiraciones justas de los propietarios nacionales, a la vez que satisficiera los anhelos de los desposeídos y remediara las desigualdades, vía adecuada para lograr la participación de las grandes mayorías en la defensa de la patria común.

Cierto es que existen diferencias de matices conceptuales entre los luchadores antillanos, pero es de mayor importancia y trascendencia la conjunción de objetivos. José Martí fue heredero privilegiado de muchos de aquellos conceptos y proyectos emanados de las realidades de una época nueva, plagada de amenazas externas e internas de dimensiones desconocidas hasta entonces, y tuvo la oportunidad de vivir durante casi quince años en el centro palpitante de Estados Unidos, en la cosmopolita ciudad de Nueva York, centro receptor y emisor de informaciones acerca de cuanto ocurría en el mundo, lo que le permitió formarse una visión totalizadora de las complejidades en las que se hallaba enmarcado el propósito emancipador de Cuba y Puerto Rico, y elaborar lo que hoy denominaríamos una estrategia continental revolucionaria, de la cual formaba parte principal el logro de la independencia de las colonias ibéricas, llamadas a convertirse en un valladar contra el expansionismo estadounidense, y contribuir de este modo al equilibrio del mundo.

En este punto, como en tantos otros, vuelven a coincidir de una forma u otra los pensadores antillanos, formados en el crisol del que surgía la estirpe bolivariana de la que todos eran parte. Las *ideas de la Revolución* compartidas por ellos advertían sobre la necesidad de convertir en países fuertes, prósperos y unidos a las naciones que habrían de liberarse y a las que se independizaron de España en el primer cuarto del siglo XIX. Martí desarrolla este tema de modo particularmente intenso, al comprender que debe llevar a cabo paralelamente los aprestos bélicos y la preparación de las

condiciones para el establecimiento de la República, pues había de impedir *a tiempo* la previsible intervención del gobierno estadounidense en la contienda que se libraría no sólo contra los intereses ibéricos, sino también contra las aspiraciones yanquis de tomar para sí a Cuba y a Puerto Rico. Esta preocupación martiana se halla en muchos de sus escritos, de los cuales el más citado es su carta a Manuel Mercado, donde expresa que ya se apresta a cumplir su deber “de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América”.

En la actualidad, ante el colapso de la opción socialista europea, ha cobrado fuerza el cuestionamiento de la validez de supuestas teorías universales, aplicables miméticamente en cualquier tiempo y lugar. A la vez, se hace más evidente que en nuestra área geográfica poseemos un pensamiento propio, autóctono, capaz de interpretar acertadamente la realidad y proponer la transformación de ésta.

En la síntesis martiana de lo más avanzado del pensamiento caribeño y latinoamericano encontramos una acertada propuesta de organización de las fuerzas sociales de países de precaria estructura económica, con la finalidad de resistir y vencer frente a condiciones adversas y amenazantes, que, de no ser conjuradas, conducirían al dominio foráneo, la absorción de las riquezas naturales y la pérdida de la identidad nacional. Nuestros países, como parte del mundo globalizado, se encuentran en una situación en muchos aspectos similar a la enfrentada por los próceres del pasado siglo, aunque hoy los peligros son de magnitud extremadamente mayor; pero aún nos hallamos tras la búsqueda de vías por la unidad antillana y continental, único modo de enfrentarlos adecuadamente, tema del que se ocuparon aquellos pensadores y sobre el que ofrecieron criterios que hoy son obligada referencia en la búsqueda de una estrategia adecuada, cuyos resultados podrían materializarse en el siglo XXI.

De igual modo hemos de volver sobre el proyecto concebido por José Martí de una sociedad donde imperara la justicia social, la redistribución equitativa de la riqueza y la libertad plena del hombre, únicos modos de garantizar la soberanía nacional. Nada más alejado de una añorada vuelta al pasado, no sólo porque históricamente es imposible, sino porque todo ideal de un orbe nuevo tiene obligadamente que estar signado por la futuridad, y ésta es precisamente la característica esencial del pensamiento del libertador cubano, que dejó un proyecto aún no logrado por el género humano,

pero alcanzable si lo aplicáramos con la creatividad con que fue concebido por quien señalaba que “crear es el deber del hombre”.

A los intentos por demostrar que no cabe alternativa alguna al capitalismo neoliberal, a la pretensión de imponer la ética de la desesperanza, enfrentamos los fundamentos de la *república nueva* concebidos por aquel antillano de estatura universal. No fue un modelo rígido ni un esquema lo que nos legó, sino una concepción en la cual el hombre constituye el gestor, el creador, el actor y el beneficiario de todas las transformaciones a realizarse.

El autor de “Nuestra América” no elucubró un sistema filosófico ni una teoría para aplicar a la realidad; por el contrario, su primera preocupación fue desuncir al hombre de toda amarra a interpretaciones que habían demostrado su ineficacia para dar solución a los retos de su tiempo, cuando “por falta de intervención popular y de los hábitos democráticos en su organización, cayeron las primeras repúblicas americanas”. En esta nueva época transicional es poco menos que absurdo insistir en la idea de la tendencia fatal e inevitable hacia el progreso: no hay calzadas reales que conduzcan hacia la victoria en el futuro. En el próximo siglo no habrá espacio para repetir experimentos fallidos, pues ya sabemos que el objetivo no puede encontrarse sólo en la búsqueda del improbable crecimiento indetenible de los bienes materiales, sino en crear las condiciones de una real democratización de la vida política y económica, fundamentada en una cultura desenajenante.

No se propuso Martí crear una sociedad para el beneficio de una sola clase o sector, sino hacer partícipes del acto de liberación nacional a todos los patriotas dispuestos al empeño de alcanzar la plena soberanía, pues “si la república no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la república”; a la vez, y principalmente, debía lucharse por el mejoramiento humano. Nada sería vencer sobre el yugo foráneo si al día siguiente de enarbolar las palmas de la victoria se instauraran nuevas formas de despotismo, encubiertas bajo el velo del anhelado nombre de República; si se le presenta al pueblo, “el verdadero jefe de las revoluciones”, la falsa disyuntiva del acatamiento de la arbitrariedad o el retroceso a la opresión descabezada. Hay otras opciones, y la de mayor validez es aquella que conduce a la libertad plena del hombre, alcanzable cuando se incentiva su capacidad para el pensamiento propio, se establecen los mecanismos estructurales para la participación en la dirección política y económica, sin exclusiones prejuiciadas de los criterios minoritarios, y se viabiliza el control sobre el aparato ejecutivo,

para impedir que el Estado regulador genere una burocracia improductiva con intereses particulares que invierta las funciones de servidora en servida, y se transforme en planta parásita capaz de entorpecer la justicia social, o se transforme en una nueva especie de propietaria que haga imposible el desarrollo del sentimiento de pertenencia colectiva de aquello que debe ser del dominio de todos.

Sólo la verdadera y plena participación democrática garantizará el equilibrio social y la estabilidad futura de la república nueva. No hay certeza alguna sobre los rumbos posibles, ni ha de creerse que una clase o grupo es el portador infalible de la verdad. Nada se alcanza con volver las espaldas a la realidad y empecinarse en mitos deshechos en las calles silenciosas de Moscú o de Varsovia en los momentos en que los gerentes y los nuevos dueños brotados de las crisálidas dirigentiles se repartían sus países como presas.

La nueva sociedad ha de ser forjada “con todos, y para el bien de todos”, o se desmigaja desde su nacimiento, sumida en pugnas intestinas que solamente servirían para el beneficio de quienes pretenden sustituir una forma de privilegio por otra semejante, aunque con rostro y nombre cambiados. Han de consolidarse todos los elementos constitutivos de la nación en torno a una estructura económica en la que no sean coartados el derecho a la iniciativa productiva y a la retribución equitativa. Sólo cuando las condiciones básicas de subsistencia estén garantizadas para todos, podrán desplegarse las potencialidades espirituales de las grandes mayorías, haciéndose realidad el desarrollo de la cultura nacional, accesible a la generalidad de los miembros de una sociedad, lo cual posibilitaría la formación de hombres capaces de decidir por sí mismos, con plena libertad, la defensa de lo específico, lo propio, a la vez que se asimila cuanto beneficie al bien común sin discriminaciones absurdas, en un mundo en el cual el mestizaje ha estado presente desde los momentos iniciales. “Todo lo que divide a los hombres, todo lo que lo especifica, aparta o acorrala, es un pecado contra la humanidad”, señaló el Maestro.

El Caribe, punto de confluencia, desde su nacimiento, de seres humanos de los más variados colores y matices, de múltiples idiomas y lenguas, es lugar privilegiado donde la interrelación cultural adquiere fuerza decisiva, y cuya defensa ha hecho posible resistir la dominación foránea y la penetración sistemática por las más diversas vías.

Más, de poco valdría la defensa del arte y la literatura si se obvian los fundamentos que sustentan desde los orígenes el proce-

so de conformación nacional, pues ante el embate cotidiano de los medios de difusión de alcance mundial podemos ser arrastrados hacia la subordinación a principios éticos foráneos, y dar cabida a la homogeneización de todas nuestras expresiones, a la vez que se adopten modelos de conducta ajenos a nuestras tradiciones, con la consiguiente pérdida de la solidaridad humana, la marginación del patriotismo, el olvido de la defensa de la igualdad de la mujer y del respeto hacia quien gana el sustento con su trabajo, el reverdecimiento de la discriminación racial y la deshonestidad. Nos convertiríamos en reos de los consorcios propietarios de los medios masivos, que se encargarían de banalizar y frivolar nuestro ser profundo y nuestra sensibilidad vibrante para convertirlas en productos de entretenimiento que a la larga deberíamos importar por cable, filmes o discos compactos.

La defensa de lo nuestro forma parte de la estrategia para el fortalecimiento de los países del Caribe y nuestra América frente al hegemonismo globalizador que pretende inferiorizarnos mediante los mitos de la superioridad de la “cultura occidental” y del aplastante uso de técnicas novedosas de alto costo, sin la cual supuestamente nada puede crearse, aunque dentro de tal aparataje el ser humano sea poco menos que una marioneta.

Se impone, por tanto, la reafirmación de los valores de nuestra cultura autóctona, popular, pues ésta constituye punto esencial de los elementos que afianzarán la unidad frente a las pretensiones del dominio foráneo. “De cambiar de alma se trata, no de cambiar de vestido”, expresó Martí en los momentos en que organizaba la guerra de liberación nacional.

Han de potenciarse todas las fuerzas espirituales de la nación, para que el patriotismo encuentre sólidas bases de sustentación en cada uno de sus ciudadanos, de modo que por encima de diferencias y contradicciones coyunturales prevalezca el estrecho vínculo forjado en el bregar de siglos compartiendo colores y ritmos, brisas y olores, sonidos y sabores, ideas y acciones.

La *sociedad nueva* que surja de la materialización del proyecto martiano ha de tener —como su inspirador— vocación universal, y asimilar cuanto contribuya a su engrandecimiento, sin temores canijos, a la vez que ponga su obra al servicio de la humanidad. Y, siempre, esgrimiendo un principio cenital: “Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas”.